



## Capítulo 625: Hablando de madres

Exhaló, se pasó la mano por la cara y abrazó a Katharina con fuerza. No fue un abrazo suave ni calculado. Simplemente la abrazó como alguien que había estado irritado, preocupado y tratando de no volverse loco durante cuatro días.

Ella apoyó la cara en su pecho sin quejarse.

Vergil le habló suavemente, cerca de su oído:

—Estaba preocupado.

Katharina cerró los ojos. Solo respiró hondo. Él continuó:

—Dije que te dejaría pensar. Pero no pensé que «pensar» significara desaparecer de la faz de la tierra y aparecer en el Caribe.

Ella le dio un pequeño empujón en el pecho, no para alejarlo, sino para mirarlo a los ojos.

—Necesitaba... distancia.

—¿Cuatro días? —preguntó Vergil, con expresión aún tensa.

«Cuatro días».





Él la abrazó con más fuerza una vez más y luego la soltó. Lo justo para mirarla de arriba abajo. Su ropa no ayudaba a su situación, pero Vergil intentó mantenerse concentrado.

«Al menos podrías haberme dicho dónde estabas», dijo.

«No estaba en condiciones de hablar contigo», respondió Katharina, pasándose las manos por el pelo, molesta consigo misma. —La pelea con mi madre... me ha estado molestando.

Vergil apartó la mirada por un momento, como si pensara en cómo responder.

—Me di cuenta.

—Sé que te diste cuenta —dijo ella, cruzando los brazos—. Siempre te das cuenta.



Vergil volvió a mirarla. Su tensión ya no era ira, sino la de alguien que quería resolverlo todo de una vez.

—No era mi intención presionarte. Por eso no vine a buscarte el primer día.

Katharina arqueó una ceja. —¿Y viniste el cuarto día?

—Sí —respondió sin dudar—. Cuatro días es mucho tiempo.

Ella se mordió el labio, ahora sin fingir. Solo un gesto automático. —Me sentía... asfixiada. No por ti. Por la situación.



Vergil asintió. —Me lo imaginaba. Entró en la habitación sin que ella tuviera que invitarlo; ella simplemente dio dos pasos atrás y dejó la puerta abierta. Él la siguió con la mirada, observando si realmente estaba bien.

Katharina cerró la puerta con calma. Se dio la vuelta y se apoyó contra ella, respirando hondo.

Vergil no le quitó los ojos de encima.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó.

—No lo sé —admitió ella—. Solo sé que quería alejarme de todo por un tiempo.

—¿Y lo conseguiste?

—Sí. Pero... —Suspiró, alargando las palabras—. Estar lejos de ti fue horrible.



Vergil dio un paso hacia ella. —Entonces, ¿por qué te mantuviste alejada?

—Porque si hubiera hablado contigo antes de pensar las cosas con calma, te habría descargado todo sobre ti. El lío con mi madre no debería ser tu responsabilidad.

Vergil la observó durante unos segundos antes de responder.

—Quizá no sea mi responsabilidad. Pero tú sí lo eres.

Katharina apartó la mirada, sintiendo una extraña presión en el pecho. «Lo sé».



«Así que la próxima vez», dijo Vergil, ahora más tranquilo, «no desaparezcas».

Ella respiró hondo. «Lo intentaré».

Él dio otro paso. Ahora estaba lo suficientemente cerca como para tocarla, pero esperó. Katharina se dio cuenta de la espera y finalmente extendió la mano y le tomó del brazo.

Vergil se relajó un poco.

«¿De verdad has venido hasta el Caribe solo para buscarme?», preguntó ella.

«Sí».

«¿Aunque pensabas que solo estaba evitando la conversación?».

«Sí».

Ella frunció el ceño. «¿Por qué?».

«Porque te conozco». Le acarició la cara con delicadeza. «Y nunca duermes bien cuando tienes tantas cosas en la cabeza».

Katharina soltó una risa baja y sin humor. —De acuerdo, me has pillado.





Vergil miró alrededor de la habitación. Su maleta estaba abierta, la ropa esparcida por el suelo y el sonido lejano de las olas llegaba desde el balcón. Era obvio que había intentado descansar, pero no lo había conseguido.

«¿Quieres contarme exactamente qué te ha llevado a estar así?», le preguntó.

«Ahora no», respondió ella. «Si empiezo a hablar de mi madre, acabaré diciendo demasiado. Aún no estoy preparada».

Vergil asintió. No insistió.

Katharina le dio las gracias en silencio.

«Pero puedo decirte que...». Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. —Estaba avergonzada. Estaba enfadada. Discutimos por algo estúpido y aún me dolía. Y odié decir las cosas que dije.

—Estabas dolida —dijo Vergil.

—Y aún lo estoy. —Se acercó a él—. Pero no es asunto tuyo.

—Es todo asunto tuyo —repitió él.

Katharina suspiró. No había forma de discutir cuando él era tan directo.

Vergil le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí. No hubo vacilación, solo la necesidad de asegurarse de que ella estaba realmente allí.





Katharina se relajó contra él, apoyando la frente en su hombro.

—No deberías haber venido a buscarme —murmuró.

—No estoy de acuerdo —respondió Vergil—. Eres mi esposa. Desaparecer durante cuatro días no es algo que pueda ignorar sin más».

Ella apretó los dedos contra su camisa. «Lo siento».

Vergil se quedó en silencio durante unos segundos antes de responder:

«No pasa nada. Pero no lo vuelvas a hacer».

Katharina levantó la cara para mirarlo.

«No lo haré», dijo, sin dudar esta vez.

Vergil la guió hasta la cama y la hizo sentarse. Se quedó de pie frente a ella, como si aún necesitara confirmar que estaba bien.

Katharina le cogió la mano.

«Gracias por venir», dijo.

Vergil respondió simplemente: «Siempre lo haré».





Katharina se sentó en el borde de la cama y se subió la sábana hasta cubrirse parte de las piernas. Vergil se sentó a su lado, sin soltar su mano, atento a cada una de sus expresiones.

Ella respiró hondo y miró al suelo antes de empezar.

—Sabes que mi madre siempre ha sido... complicada —dijo.

Vergil no respondió de inmediato. Simplemente asintió levemente con la cabeza para que continuara.

—Casi todos los demonios del mundo le temen. Y no es una exageración. Ha destruido continentes, derribado reinos ella sola, enfrentado ejércitos enteros porque estaba de mal humor o quería enviar un mensaje. Sapphire siempre ha sido así. Siempre ha sido... demasiado».

Katharina apoyó los codos en las rodillas y se pasó la mano por la cara, como si estuviera cansada solo de recordar.

«Cuando era niña, sabía que era peligrosa. Todo el mundo lo sabía. Pero para mí... solo era mi madre. Sin embargo, eso también era difícil. Estaba demasiado presente. Lo controlaba todo. Cada decisión. Cada paso. Si hablaba con alguien sin su aprobación, hacía desaparecer a esa persona durante toda una semana solo para «protegerme».

Vergil frunció ligeramente el ceño. «Ya me imaginaba que tenía un fuerte sentido de la posesión, pero no hasta tal extremo.

«Es peor», respondió Katharina. «Siempre fue un monstruo. Literalmente. Pero también era una madre histérica. De las que asfixian a su propia hija sin darse cuenta. Y yo crecí pensando que eso era normal».



Vergil respiró hondo y le apretó la mano ligeramente. No para juzgarla, solo para recordarle que la estaba escuchando.

Katharina continuó: «En los últimos años, se ha vuelto más tranquila. O cansada. No lo sé. Pero... empecé a vivir mi vida sin que ella se metiera en todo. Y me gustaba. Me gustaba demasiado. Y ella lo odiaba».

Katharina hizo una pausa. Tenía los ojos ligeramente enrojecidos, pero no era por haber llorado, sino por la irritación acumulada. Algo que nunca había dicho en voz alta.

«Durante un año y medio, no hemos podido estar en la misma habitación sin discutir. Apenas hablamos. Cuando lo hacemos, es solo para pelearnos. Siempre se queja de que soy distante. De que no paso tiempo con ella. De que ya no confío en ella para hablar de las cosas de mi vida. Pero... ¿cómo puedo confiar en ella? Si digo algo, intenta interferir».

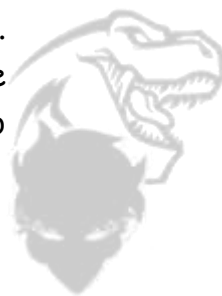
Vergil permaneció en silencio. No era una historia para consolar, era una historia para escuchar.

Katharina lo miró.

«Y entonces vino ese lío. Ese comentario que hizo. Pensó que podía hablarme así, como si fuera una niña que no sabe lo que quiere. Como si fuera de su propiedad».

Vergil escuchó sin interrumpir, pero entrecerró ligeramente los ojos, no por enfado hacia ella, sino por la situación.

—Perdí los nervios —admitió Katharina.







—Dije cosas horribles. Ella también. Y... eso fue todo. Después de eso, no podía soportar estar cerca de ella. Huí. Literalmente. Tomé un portal, me fui y acabé aquí.

Miró hacia la ventana, donde la luz anaranjada del atardecer aún se filtraba a través del cristal.

—Pensé que si estaba sola un tiempo, podría pensar. Pero no funcionó. Seguía dándole vueltas a las mismas ideas en mi cabeza.

Vergil suspiró y la rodeó con el brazo, atrayéndola hacia él. No con fuerza, ni impulsivamente, solo acercándola.

«Hiciste lo que creías que tenías que hacer», dijo él. «Y aunque te escapaste... no me alejaste. Solo necesitaba respirar».

«No quería preocuparte», murmuró ella. «Es solo que... no quería meterte a ti también en esto».

Vergil permaneció en silencio durante unos segundos, con la mano aún apoyada en su cintura. Observó cada detalle de su rostro: el cansancio, la frustración, la actitud defensiva automática cada vez que hablaba de su madre. Luego inclinó ligeramente la cabeza y preguntó:

—¿Alguna vez has escuchado lo que ella siente?

Katharina se quedó paralizada al instante.





Era como si alguien hubiera pisado el freno dentro de ella. Su cuerpo se tensó. Su mirada se quedó en blanco durante una fracción de segundo. Se le cortó la respiración.

Solo parpadeó lentamente, sin saber si había oído bien o si algo la había golpeado.

«¿Qué?», preguntó, pero su voz sonó débil.

Vergil repitió, sin cambiar el tono:

«En algún momento, ¿has escuchado lo que ella siente? No lo que quiere. No lo que exige. Lo que siente».

Katharina apretó la mandíbula.

Apartó la mirada inmediatamente. Su cuerpo retrocedió solo ligeramente, pero Vergil lo notó. Era el tipo de reacción que tenía cuando alguien tocaba un tema que ella había evitado durante mucho tiempo.

«Vergil...», intentó comenzar, pero su voz la traicionó.

«No estoy defendiendo lo que hizo», dijo él, antes de que ella pudiera enfadarse. «Tampoco lo estoy justificando. Ella cruzó la línea. Otra vez. Hiciste bien en alejarte».

«Entonces, ¿por qué me preguntas esto?», replicó Katharina, ahora con irritación creciente. No era ira hacia él, solo esa sensación de que le tocaban donde le dolía.





—Porque hablas de lo que ella te hizo —dijo Vergil con firmeza—. Pero no hablas de lo que ella siente por ti. Ni de cómo lo demuestra. Aunque lo haga de forma equivocada.

Katharina respiró hondo, pero el aire pareció atascarse en su garganta.

Giró la cara hacia un lado y miró al suelo.

—Porque no quiero oírlo —respondió. Sencillo. Crudo. Y muy cierto. «Si me paro a pensar en lo que ella siente, yo... no podré seguir enfadada con ella. Y necesito estar enfadada, Vergil. Lo necesito para mantener la distancia».

Vergil se inclinó ligeramente hacia delante, colocándose en su línea de visión. No forzó el contacto visual, solo se colocó allí, disponible.

«¿Por qué?», preguntó.

«Porque si le doy espacio... me volverá a devorar por completo». Katharina apretó los puños sobre las rodillas. «Si le doy un centímetro, lo invadirá todo. Ella estará al mando. Ella decidirá. Me arrastrará a su ritmo. Siempre ha sido así».

Vergil escuchó con atención.

Katharina continuó, ahora más rápido, como si estuviera vertiendo palabras que habían estado atrapadas durante meses:

«Es demasiado fuerte. Es demasiado intensa. Me ama de una manera asfixiante. De una manera que... que duele. Y si escucho lo que siente, si





realmente lo dejo entrar... sé que volveré. ¿Y entonces qué? ¿Voy a tirar mi vida por la borda para complacerla? Ya lo he hecho antes».

Vergil le puso suavemente la mano en la cara, haciendo que finalmente lo mirara.

«Ya no eres una niña», le dijo con su habitual firmeza tranquila. «Ella ya no puede controlarte. Ni arrastrarte a donde quiera».

Katharina frunció el ceño, pero no apartó su mano.

«¿Crees que es tan sencillo?».

«No es sencillo», respondió Vergil. «Pero huir tampoco resuelve nada».

Katharina puso los ojos en blanco, pero el gesto solo servía para disimular el nudo que se le formaba en el pecho. «Eres cruel...».

Vergil se ríe y luego da una palmada. «Bueno, es hora de volver. Vamos a arreglar las cosas», dice.

